

## Nocturno

(Fragmento)

El señor Rojas ha vuelto al Fantasía. No se asomaba por ese lugar desde hacía mucho tiempo. Tenía prohibido el ingreso. Una foto suya colgaba a la entrada del local y, sin embargo, hoy pudo ingresar. Ninguna casa de juegos quiere deshacerse de un ludópata como el señor Rojas, alguien que a fin de mes está dispuesto a invertir su sueldo entero en recuperar todo lo que la casa le ha ganado. Es su sueño —como el de muchos viciosos, supongo— despertar con un presentimiento, un palpito que se convertirá en certeza. Ese día se vestirá con paciencia, beberá el tazón de avena con cocoa sin prisa, untará la margarina en un pan del día anterior y se despedirá de su mujer y sus hijos con una sonrisa ensayada. En el trabajo cumplirá sus ocho horas sin contratiempos y, tras salir, caminará sereno hacia el casino. En el trayecto hará que le lustren los zapatos y beberá un emoliente. Una vez dentro, todo caerá por su propio peso. Primero, la máquina lo tratará mal, estará a punto de perder hasta el último centavo. Al cabo de varios intentos empezará a ganar, luego vendrá la parte más importante: una segunda racha negativa que lo pondrá contra las cuerdas. Él debe resistir sin espantarse. Ahí está la clave, es la gota fría que hay que sudar. Luego, los mecanismos internos del aparato se alinearán como si fueran cuerpos celestes y las figuras volverán a coincidir. Con un cálculo sencillo sabrá que ha recuperado su dinero y saldrá por la puerta del Fantasía para nunca más regresar. Por lo general, el señor Rojas espera ese momento con calma. Cuando llegue la señal él sabrá reconocerla y todo ocurrirá con naturalidad. Sin embargo, también hay días como hoy en que recibe dinero por algún cachuelo o una deuda olvidada, malinterpreta las señales y parte con desesperación al casino que le quede más cerca. Dije que ningún local de juegos quiere deshacerse de un ludópata como el señor Rojas. Hasta antes de ese día, el señor Rojas había protagonizado pequeños escándalos, cosas de borracho o jugador cansado de perder, incidentes que la casa puede tolerar. Pero aquella pelea que tuvimos allí hace algunos años rebasó los límites y le prohibieron el ingreso. Al menos hasta hoy, que algo cambió. Y si él pudo entrar, yo también tendré que hacerlo. La señora Lucía me ha pedido que lo saque sin lastimarlo, por favor, insistió. No prometí nada, y si tengo que volver a darle una paliza, lo haré. La señora Lucía lo sabe y quizá, harta de todo, solo espera que yo llegue antes de que su marido se quede sin un sol.